



LA ROSA SUMERGIDA  
por JOSÉ CARLOS CATAÑO

Señoras y señores, es un privilegio estar esta noche aquí. No me considero ni merecedor ni buscador de una distinción como ésta. El que yo esté hoy entre ustedes se debe, en primer término, al aprecio humano e intelectual que siempre me han mostrado Manuel Padorno y Eugenio Padorno, con una consideración que, sobra decir, es recíproca. Enseguida, también se debe a la generosidad de la Academia Canaria de la Lengua, que ha materializado dicho afecto nombrándome miembro honorario de la institución. Y, sin duda, es un privilegio el saberme rodeado por la cordialidad de todos los presentes en esta ciudad natal, San Cristóbal de La Laguna, de la que físicamente me encuentro alejado solo para sentirla con mayor intensidad en mi vida y en mi obra.

El privilegio, así sentido y aceptado con gratitud, hace posible que mi escritura se encuentre, físicamente esta noche, en uno de sus escenarios naturales, que es como decir en uno de sus centros, si no en el origen mismo de mi ser como escritor. Y ello sucede precisamente aquí. En este antiguo Instituto de Canarias en el que estudiaron miembros de mi familia como los Perera, mi madre Herminia González Perera, yo mismo.

Desde la mañana de comienzos de agosto de 1967 en que abandoné mi casa natal en el número 8 de la plaza del Adelantado, sin saber que no volvería a residir en ella nunca más; desde el día en que dejé atrás la Isla, un amanecer de finales de septiembre de 1974, sin saber que iniciaba el desarraigo; desde el anochecer del 16 de diciembre de ese mismo año en que, sin saberlo, comencé a alejarme de lo mío durante mucho tiempo. Desde entonces, yo he escrito desde fuera pero



mirando hacia aquí, sintiendo hacia aquí, haciendo de aquí, por donde quiera que fuese o estuviese, mi lugar.

Y es curioso que al decir *desde fuera* parezca que diga que estaba “lejano”. Y es curioso que al decir *hacia aquí*, parezca que con este *aquí* también diga “lejano”. Aquí y allá; fuera y, sin embargo, en el centro. Mirando. Lo que es igual a decir que sintiendo y pensando, desde dentro hacia las afueras de mi vida. En mi lugar, que es intención de acercarme a un espacio donde decir mi palabra, la que procede de todas mis raíces.

Por el hecho de estar aquí esta noche de enero, yo puedo leer un texto, que título *La rosa sumergida*. Son líneas que empecé a escribir allá, a distancia de aquí, con la intención de volver. Y cuando digo volver, quiero decir, también, volver a reconocermé. Y trato de volver a reconocermé ahora, en voz alta, delante de ustedes, mientras dibujo con ideas algún perfil de mi cartografía, algún indicio de la carta náutica de mi nombre y de mi ser, algún esbozo del mapa de la rosa de los vientos que, por su propia naturaleza, anda siempre sumergida en su secreto. Esa rosa de los vientos que esta noche quiere salir a flote por un momento, y es mi historia y es mi Isla.

Cada ciudad tiene una cartografía que no se ajusta con exactitud a los puntos cardinales que la vertebran. Ocurre lo mismo con la aguja imantada de la brújula, que se desvía del verdadero norte, el norte geográfico.

En mi caso, mi casa de la plaza del Adelantado estaba situada al sur de La Laguna, cuando en realidad se orientaba al sureste. La segunda casa que habité, en la calle de Anchieta, lo estaba al norte, cuando en realidad se orientaba al noroeste. La tercera, la de la calle de Viana, en el medio de la ciudad, y así se convirtió en el centro desde el que partí, no sólo con la imaginación y el deseo, como en las anteriores, sino, definitivamente, hacia afuera.



La línea imaginaria que va del sureste al noroeste, en la abreviatura geográfica se escribe NO-SE, que es otra forma de sentirme, desde el principio, motivado por el no-sé, ese no saber que es, precisamente, lo que nos incita a vivir, es decir, a buscar el pulso de la escritura.

Al norte estaban las colinas y la laguna sumergida. Al sur, las colinas y el barranco, ese barranco de la Carnicería que en invierno nos invitaba, con sus aguaceros arrastrados hasta el mar, a llevarnos hasta orillas desconocidas. En el centro, las noches de los inicios de la juventud, el mar invisible, lejano, y sus insinuaciones de sirenas; la seducción del viaje, la tentación de traspasar el horizonte nuestro atlántico.

Desde mi infancia, mis pasos por La Laguna han sido un ir y venir por sus esquinas de viento y a la sombra de los alisios. Por fuera de La Laguna, en otro lugar, mis pasos han consistido en un recorrido que se superponía sobre aquellos puntos cardinales, razón por la cual no solo he visto La Laguna sino Tenerife y las Islas Canarias en lugares tan dispares como en las calles antiguas de Estocolmo, Lisboa o Florencia, en los paisajes desérticos de Israel y en los tropicales de Martinica, en Sicilia y en Guatemala.

Sin duda, el instinto de orientación se originó durante los años de mi niñez, imantado por la rosa náutica de La Laguna. Y no sólo la orientación concebida desde una perspectiva geográfica, sino desde un punto de vista poético, el que consiste en acudir hacia la luz, hacia el origen.

Desde dos esquinas hacia atrás, en la calle de Anchieta, salía cada mañana a este Instituto cuando cumplí los catorce años. Allí nació en mí algo parecido al sentimiento poético, lejos de la casa natal, una vez que la niñez se terminó. Lejos también del amor primero, el inaccesible, el imposible. Allí, en aquella casa de



Anchieta, escribí mi primer cuaderno de diario, que luego destruí cuando la noche apretaba demasiado. En ella escribí el primer poema, cuatro líneas que llevaban por título *Oceánida...*, como para que se hiciera realidad, de forma premonitoria, la tarde en que, mucho tiempo después, me arrojé al mar del Norte... Pues no de otra cosa hablaba *Oceánida*: de la entrada en el mar, de la entrega al absoluto.

Entre las mañanas lectivas en el Instituto y las noches de angustia se desencadenó la pregunta sobre cuál era el primer pensamiento que ponía en marcha todos los demás pensamientos: ¿cuál era su origen?, ¿adónde conducían los pensamientos?, ¿qué relación existía entre el pensamiento y el objeto que era pensado con la mirada?

Preguntas que trataban de conformar una idea del mundo, un sentido. Una idea, un sentido sobre quién era este yo pensante que miraba y luego escribía. ¿Había fidelidad entre lo que pensaba y lo que escribía? ¿Cuál era entonces el papel de la escritura? Y cuál era mi papel en el mundo.

Con la mirada también comenzó la contemplación de las sombras sobre el suelo, lo que me llevaría al dibujo. Y a la contemplación, al desasosiego frente al rostro del otro, que me marcó con un sentimiento de extrañeza ante el ser humano.

Esta noche de enero, así pues, me encuentro a pocos pasos de aquella casa de la calle de Anchieta, una vez que se perdió la casa natal entre la plaza del Adelantado y el barranco, esa casa que, una vez derribada, parece que nunca ha existido, con gente y linaje que parecen que nunca existimos.

Por eso mi escritura ha tenido voluntad de rememoración. Y al evocar un paisaje humano cada vez más despoblado, recreaba un territorio físico también inexistente, como el jardín y el níspero en cuyas ramas me refugiaba durante los veranos interminables para soñar horizontes ultramarinos, que se adivinaban más



allá de la desembocadura del barranco en el Atlántico; y, en las tardes cerradas de invierno, yo volaba con los aeroplanos que merodeaban, envueltos en la neblina, hasta encontrar su rumbo.

Era aquel un territorio real, con galerías de madera de tea en las que me echaba, a escondidas, para leer libros antiguos geografía y etnología de la casa editorial Montaner y Simón, de Barcelona, con ventanales por los que espiaba la vida en la plaza, la recova los domingos por la mañana, las sombras a la noche de las estudiantes del colegio mayor universitario que hacía esquina con mi casa, en donde nació José de Anchieta.

Mi escritura, muy cerca de aquí, en la segunda casa, se inició para rescatar lo imposible.

Así surgió mi primer relato; *La Casa de Asacal*. O lo que es lo mismo, *La casa de La casa*, según las reglas de un palíndromo imperfecto. O, simplemente, *La casa*. La casa en que nací, imborrable, perdida.

Puede que la memoria me falle. Quizá fue en la librería de Armando Sigú, en Capitán Brotons. Quizá en la de Melquíades Álvarez, que abría sus puertas casi frente por frente a este instituto. En una de ellas encontré un libro de Günter Blöcker, *Línea y perfiles de la literatura moderna*, donde se explicaba en qué consistía el monólogo interior en el *Ulises* de James Joyce.

Es la fascinación de los primeros libros, que más tarde nos resulta tan difícil repetir, y que nos llegaba por azar a las manos. La primera aparición del monólogo y de la figura de Ulises...



Por lo leído en aquel libro de Blöcker, creí entender que no había nada más adecuado para mis propósitos narrativos que hacer uso de la asociación instantánea, la afluencia de los pensamientos en libertad.

En la primera parte de mi relato, se sucedía una evocación perfectamente lógica de lo que había sido la casa del narrador. A continuación, el narrador regresaba a la casa, y a medida que se adentraba en ella, el texto se convertía en su pensamiento, perdía los signos puntuación, se trenzaban los sentimientos con los pensamientos, y todo junto fluía en una única corriente de conciencia, rozándose con las vigas vencidas, con el patio en abandono, con las zarzas que crecían entre los intersticios de las maderas, con el olor rancio de la soledad en las estancias clausuradas.

Recuerdo que con ese relato, inmaduro, intervine en un concurso literario, cuando estudiaba el bachillerato en este mismo Instituto, sólo que en su nueva ubicación, cerca de la Cruz de Piedra. *La casa de Asacal* obtuvo el segundo premio. La profesora de literatura, la apreciada señora Montelongo, lamentó que en la segunda parte me hubiera olvidado de puntuar el texto...

De la casa perdida de la plaza del Adelantado, cuando todavía permanecía en pie y cerrada, yo sacaba a escondidas los restos de la biblioteca familiar. A escondidas. Furtivamente. Porque siempre hay un tiempo, para desgracia del ser humano, en que el libro es sinónimo de albergue de locura.

Esto de rescatar los libros abandonados es un detalle que pronto tendrá que ver con mi búsqueda de una casa. Porque no tardará en ser para mí la casa como un libro y el libro lo que hace las veces de una casa.

Un libro, una casa. Un templo que nos ampara de la intemperie.



Mi cartografía espiritual no viene marcada por el collar roto de las anécdotas con el que a veces se confunde la vida. Encuentros, amores, viajes, pérdidas..., a menudo no son asumidos y por ello no sufren una transfiguración en nuestro interior. Sirven, nada más o nada menos, para contarnos a los otros, para exhibirnos e impresionarlos, con nuestros amores, nuestros muertos, nuestras hazañas, nuestras conquistas, nuestras derrotas. Hacen las veces de fenómenos epidérmicos de nuestra verdadera vida, tal y cual la van viendo los otros, que la pueden juzgar altanera y desordenada, extravagante y desdeñosa, estirada y singular.

La auténtica cartografía espiritual, esa rosa de los vientos a la que quiero referirme esta noche, viene marcada por un itinerario en busca del libro, en busca de la casa. Por todas las bibliotecas perdidas que de aquí y de allá uno ha tratado de salvar. Con aquellas otras bibliotecas propias que uno dejó adrede que se perdieran. Con las bibliotecas que fue mejor que dejaran de pertenecernos, pues no formaban parte de nuestro enriquecimiento, sino de nuestro afán de posesión.

Las verdaderas bibliotecas están conformadas por muchos libros perdidos y olvidados, pero así forman parte de nuestro ser, y por eso, al conquistarlas, no hacemos más que conquistarnos a nosotros mismos.

Nuestra conciencia literal y literaria comenzó con la pérdida de la casa y la pérdida de los libros que ella alojaba, libros que pertenecían a mis bisabuelos José Alayón y Juana Perera. Por eso hemos tratado de tener casa nada más que para guardar los libros, y, en las últimas épocas, salvando los libros con que nos íbamos encontrando y haciendo con ellos la casa.

Así se ha ido configurando nuestra rosa secreta, nuestra carta náutica. Con lugares, además, que nos hacían las veces de moradas protectoras. Como aquel bar en el medio de la ciudad, que nos servía para resguardarnos de la orfandad



amorosa. Como aquel establecimiento, también en el medio de La Laguna, donde, en las tardes de verano, se alquilaban colorines a peseta la hora, y así nos protegía de la ferocidad del sol.

Siempre el libro como el verdadero hogar.

Un judío se cumple por el Libro que salva, y en eso consiste la transmisión de un saber en el que se inscribe. Es lo que en otras concepciones del mundo llaman tradición. Por un solo libro salvado y transmitido, el judío se cumple y sostiene la hilera de todos los otros. Pero al salvar al Libro, salva al hombre. Y su amor al Libro ha de ser el amor a todos los hombres, que de esta forma salva del olvido y mantiene en la memoria de las palabras.

Yo no he hecho más que salvaguardar los libros. Para ello he luchado contra los bárbaros, cuyos nombres son muy diversos, pero tienen en común que amenazan, queman, arrojan los libros. Libros esparcidos, quemados por los hongos, por los prepotentes, los ignorantes. También, cómo no, abandonados por la desgracia y la necesidad.

De un tiempo a esta parte ya no temo las bibliotecas esparcidas, porque los libros que tienen que estar, siempre vuelven.

Con este sentimiento he construido un templo muy precario, con las paredes y las ventanas sin techo cierto.

No todos los libros, ciertamente, pero muchos de los libros rescatados en los rastros y encantos, y en las intemperies de aquí y de allá, saltando tiempo y espacio, hacen las veces de la casa en que nací y que otros destruyeron. La casa de mi imposible muerte en ella. Mi casa, la de mi muerte en el aire.





Sería hermoso que yo, en esta noche de enero, haya podido compartir la soledad de mi escritura con la presencia de ustedes, y al amparo de este Instituto. Que, de esta forma, haya podido articular con palabras una cartografía de La Laguna, mi ciudad, que es también un mapa de la salvación posible, después de haber atravesado la pérdida. Los vacíos entre las letras son también las formas que le dan sentido.

Muchas gracias.

JOSÉ CARLOS CATAÑO